

Théophile Gautier,

un bibliotecario de capa y espada

Por un sueldo de seis mil francos anuales, Gautier aceptó el cargo de bibliotecario personal de la princesa Matilde Bonaparte. En esa biblioteca reunió tanto archivos privados como objetos personales que servirían para documentar la historia privada de los Bonaparte. Un Museo Napoleónico digno de ser conocido...

En la sociedad monárquica y aristocrática el artista había sido considerado, en el mejor de los casos, un decorador; un adorno de la corte y del palazzo, una valiosa propiedad, y en el peor de los casos, uno de aquellos caros y quizá caprichosos proveedores de servicios y artículos de lujo, como peluqueros y modistas, necesarios para una vida elegante.

Eric Hobsbawm. *La era del capital: 1848-1875*. Crítica, 2015

¿Qué hace que una princesa de la corte francesa del Segundo Imperio decida incorporar a su pequeño y exclusivo círculo a un bibliotecario? ¿Qué papel jugaba nuestro escritor, poeta y novelista de éxito, actuando como bibliotecario privado en los salones literarios presididos por una de las damas más influyentes del romanticismo francés? Se trata de la princesa Matilde Bonaparte, prima del emperador Napoleón III, protectora de la literatura y de las artes, dispensadora de las gracias imperiales entre escritores y artistas “c’était plus qu’un esprit littéraire, c’était un coeur d’or; c’était plus qu’une muse, c’était une femme. Et c’est ce que les délicats appréciaient en elle: ils se sentaient aimés par elle et ils l’ont fait aimer par la postérité” (Conde José Napoleón Primoli).

Significativamente descrita como *salonnière, peintre, mondain*, la princesa Matilde es la hija de Jerónimo Bonaparte, rey de Westfalia, nieta del rey Federico I de Wurtemberg, sobrina del zar Nicolás I de Rusia, ex-esposa del aristócrata ruso Anatole Demidoff, príncipe de San Donato, prima y exnovia de Luis Napoleón Bonaparte, que fue el primer Presidente de la República Francesa antes de proclamarse Emperador con el nombre de Napoleón III e inaugurar el periodo que conocemos como Segundo Imperio.

Nacida en Trieste el 27 de mayo de 1820, Matilde es el fruto de la “ingeniería dinástica” planeada por su tío, el emperador Napoleón Bonaparte: Jerónimo, el hermano pequeño del emperador, se casó en 1803 con una rica heredera norteamericana llamada Elizabeth Patterson, con la que tuvo un hijo en Londres; pero Napoleón quería que su hermano hiciera una boda real por lo que consiguió anular el matrimonio con la Patterson, enviarla de vuelta a los Estados Unidos y casar de nuevo a su hermano con la princesa Catalina de Wurtemberg para convertirle en rey de Westfalia. De este matrimonio, que resultó más estable y duradero que el imperio creado por el propio Napoleón, nació la princesa Matilde, que pasó su juventud con su madre en Lausana, a orillas del lago Lemán.

Efímeramente prometida en matrimonio con su primo Luis Napoleón Bonaparte, de nuevo la “ingeniería dinástica” se puso en marcha y la corte del zar Nicolás I hizo que Matilde se casara con el riquísimo aristócrata

ruso Anatole Demidoff, príncipe de San Donato, y se convirtiera en la princesa Demidova de San Donato. El hogar familiar, Villa Demidoff en Florencia, no fue precisamente un nido de amor: el príncipe ruso se empeñó en conservar a su lado a su amante la francesa Valentine de Saint Aldegonde, mientras que Matilde, de carácter fuerte, en lugar de soportar con mansa resignación abandonó la Villa Demidoff para trasladarse a París con su propio amante, el holandés Emilien conde de Nieuwerkerke.

Estamos en 1846, Matilde vive en París felizmente establecida en su pabellón de Breteuil à Sèvres con el conde de Nieuwerkerke, conserva todas las joyas de la familia rusa de su exmarido, y recibe de éste una pensión anual fabulosa; además usa con habilidad el apoyo recibido de sus amigos escritores, que popularizan su imagen como víctima inocente de un marido que es un tipo brutal, un maltratador.

Théophile Gautier, nacido en 1811, es una de las más típicas figuras de la época de transición entre el Romanticismo y el Parnasianismo

En París el salón de la princesa Matilde se transforma en el principal punto de encuentro social, artístico y literario en el momento en que su primo y exprometido Luis Napoleón accede a la presidencia francesa. El sobrino de Napoleón Bonaparte, pretendiente bonapartista desde 1832, tras la Revolución de 1848 consigue el poder ganando unas elecciones con el apoyo de los monárquicos legitimistas borbónicos y el 70 % de los votos con lo que se convierte en presidente de la Segunda República Francesa. En 1851 al no permitir la ley su reelección da un golpe de estado con apoyo del ejército, toma de nuevo el poder y se proclama Emperador en 1852 (comenzando la etapa conocida como Segundo Imperio), hasta su muerte en 1870. Pues es precisamente en este salón donde recibe la princesa Matilde a las españolas María Manuela de Montijo y su hija Eugenia, lo que supone su introducción en sociedad, antes de poder acudir a una recepción en el Palacio del Elíseo. Eugenia de Montijo se convertirá en esposa de Luis Napoleón y por consiguiente en emperatriz de Francia en el Segundo Imperio, mientras que Matilde seguirá representando un papel fundamental desde su gran residencia parisina de Courcelles, y desde sus castillos en Catinat y Luçay, durante el Segundo Imperio y la Tercera República.

Bonapartista convencida, la princesa Matilde recibe y acoge en su salón a artistas de todo color político: el moralista y conservador Paul Bourget, contrario a la escuela naturalista, los hermanos Edmond y Jules de Goncourt, de la escuela naturalista, el gran Gustave Flaubert maestro del realismo, fundador de la novela psicológica y padre del naturalismo, el antipático pero imprescindible crítico literario Charles Augustin Sainte-Beuve, amigo de Víctor Hugo y amante de su mujer, el dramaturgo y novelista ruso Iván Turguénev, un jovencísimo Marcel Proust que retratará el ambiente de este salón en “El tiempo recobrado”, séptimo y último volumen de su monumental obra “En busca del tiempo perdido”, y en un lugar preeminente nuestro autor Théophile Gautier, uno de los pocos incondicionales de la princesa y de los pocos a los que ésta considera reales amigos, que vivió a su sombra los últimos años de su vida, y que fue contratado por ésta, con el cargo de bibliotecario y un sueldo de seis mil francos al año, en octubre de 1868.

Frecuentador de los salones y cenáculos artísticos y literarios desde su apasionada juventud, Théophile Gautier, nacido en 1811, es una de las más típicas figuras de la época de transición entre el Romanticismo y el Parnasianismo. Se le puede definir con un texto escrito por Rubén Darío (en su libro “Los raros”) para evocar a otro poeta: “En la confusión de tentativas, en la lucha de tendencias, entre los juglarismos de mal convenidos apóstoles y la limitación de titubeantes sectarios, la voz de este digno trabajador, de este sincero intelectual, en el absoluto sentido del vocablo, es de una trascendental vibración”. Y si puede ser juzgado con estas palabras es porque Gautier jugó efectivamente, en su madurez, un papel de árbitro de las tendencias artísticas, y aunque creador indirecto de la escuela poética del Parnasianismo, más que su estética fue su actitud vital la que hizo que pudiera ocupar este papel central en la vida social y artística parisina en pleno Romanticismo y vivir la aparición del Realismo, el Naturalismo, el Decadentismo y el Simbolismo.

Ahora bien, Gautier no fue siempre ese árbitro ecuánime ante los enfrentamientos de las tendencias artísticas del siglo XIX, sino que en los comienzos del Romanticismo ejerció de maestro de ceremonias de uno de los acontecimientos más sonados en la aparición de este movimiento que supone el abandono del Clasicismo: se trata del estreno parisino de la obra de Victor Hugo “Hernani”. El 25 de febrero de 1830 se produjo un hecho que hoy nos parecería intrascendente pero que tuvo grandes consecuencias artísticas, e impulsó una revolución estética que desde luego respondía a una necesidad social de mayor libertad de sentimientos, frente a la inmutabilidad

de los clásicos. El poeta y dramaturgo Victor Hugo, tras negociaciones con un comité de censores, con el Théâtre Française, con las autoridades y con el reparto de actores, comenzó los ensayos de su obra a puerta cerrada ante una gran expectación, anunció que prescindiría la noche del estreno de *claqueurs* profesionales (pagados por aplaudir una obra) y que a cambio invitaría a una nueva audiencia formada por los jóvenes poetas, pintores, escultores y músicos del barrio latino.

En octubre de 1868, Théophile Gautier recibe una carta de la princesa Matilde en la que ésta le propone ser su bibliotecario personal

Gérard de Nerval se encargó de reclutar una armada de románticos donde destacaban Honoré de Balzac, Petrus Borel, Hector Berlioz, o Alejandro Dumas, pero donde el líder indiscutible era Théophile Gautier con su chaleco rojo de raso y su larga melena. Al grito de “¡Vivan las pelucas!” los poetas tomaron el foso del teatro, donde merendaron salchichas ruidosamente mientras ocupaban la platea y los palcos los biempensantes llenos de sedas, joyas y hombros desnudos. Desde que se levantó el telón hasta el final de la obra no cesaron los gritos, las discusiones entre bandos, los pitidos y los portazos del público abandonando la sala. Gautier, que se desprendió de su chaleco para convertirlo en bandera roja de su ejército, contaba cuarenta y cuatro años más tarde en su *Histoire du romantisme*: “Sería difícil describir el efecto que producían sobre el auditorio estos individuos, tan varoniles, tan fuertes, de un aspecto tan extraño, de un corte tan de Corneille y tan *shakespeariano* a la vez. Dos sistemas, dos partidos, dos ejércitos, dos civilizaciones incluso, y esto no es decir demasiado, estaban en presencia uno el otro, odiándose cordialmente, como se odia en los odios literarios”.

En 1830 Théophile Gautier es el alma del círculo poético de la parisina Rue du Doyenné, en el que artistas y literatos, de pleno acuerdo para “épater le bourgeois” alardean de un dandismo teñido de rojo y echan las bases de la nueva doctrina estética destinada a convertirse en inspiradora de los parnasianos. Sus primeras poesías, no obstante, pasan desapercibidas y comienza a escribir –por razones alimenticias– para distintas revistas, novela corta, relatos, artículos literarios, reportajes y crítica teatral. En realidad no abandonará esta práctica en los siguientes 35 años, aun después de haber conseguido éxito como autor literario. En

1838 publica su obra más romántica, la colección de poemas macabros reunidos bajo el nombre de “La comedia de la muerte”, y a partir de ese momento su estética comienza a diferenciarse del resto de los poetas y escritores al introducir como un elemento conductor de su narrativa el exotismo y la fantasía. Huyendo del presente, Gautier escribe novelas cortas y relatos ambientados en tiempos y lugares exóticos, particularmente el Oriente y la Antigüedad; también recurre a los paraísos artificiales en “La pipa de opio” o “Le Club des Hachichins” (llega en 1844 a fundar un club de fumadores de hachís); via-



ja frecuentemente entre 1840 y 1860 (España, Italia, Egipto, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Argelia, Malta, Constantinopla, Grecia y Rusia) y cada viaje le aporta ingente material que recreará en sus obras de ficción y que también moldeará plásticamente sus poemas. En 1845 publica su libro “España”, escribe comedia ligera, el libreto de un ballet e incontables artículos: se ha convertido en un autor respetado que vive de su trabajo.

Pero el momento en que definitivamente alcanza un estilo propio y nuevo es en 1852 cuando publica el poemario “Esmaltes y camafeos”, obra cumbre de su credo estético de “el arte por el arte”, sin someterse ni al moralismo, ni al sentimentalismo, ni a las exigencias de la actualidad, en un momento en que los románticos, tras la revolución de 1848, están divididos en función de su actividad política. Aunque Gautier en un principio acogió favorablemente la República de 1848, en 1851 apoya el golpe de estado y se sitúa a favor del Imperio. Como crítico literario de consideración, frecuenta el salón

de Madame de Girardin y el de Madame Sabatier, es acogido en el grupo de los “Dîners Magny” –desayunos en un restaurante a la moda– junto con Mérimée, los Goncourt, Flaubert y Sainte-Beuve, y ve ampliada la demanda de sus publicaciones en revistas, sean folletines, columnas de opinión o crítica teatral.

A partir de 1860 podemos detectar en la escena poética francesa el movimiento poético del Parnasianismo, escuela que no fue creada por Gautier pero que está constituida por autores que en mayor o menor medida siguen su estética de “el arte por el arte”: buscan la primacía del arte por encima de todas las cosas, encuentran en la poesía un valor en sí misma y no como inspiración de virtudes sociales. “La Poesía no será útil. Lo útil es feo”. Refugiados en valores de la Antigüedad, practican un arte sereno e impasible los poetas Leconte de Lisle, Théodore de Banville, Sully Prudhomme, José María de Heredia o Catulle Mendès, yerno de Gautier tras casarse con su hija Judith. La actitud artística de Gautier es la idea del arte como equilibrio, armonía de formas, sosiego existencial y belleza: “lejos del utilitarismo, el arte ha de ser cultivado por sí mismo”. Para Gautier la creación literaria y particularmente la creación poética constituye un refugio y un medio de evasión que le consuela de la angustia y de la dificultad para vivir en una sociedad dedicada al culto al progreso.

Significativamente, obtiene un gran éxito literario con su novela de capa y espada “Le Capitaine Fracasse” en 1863, en un momento en que está definitivamente convertido en el escritor burgués que combatió en su juventud. Vive con su compañera Ernesta Grisi y con sus dos hijas Judith y Estelle en su casa de Neuilly-sur-Seine (hoy un selecto barrio residencial de las afueras de París) donde recibe a los poetas simbolistas y decadentistas como Charles Baudelaire, el padre de la poesía moderna, que dedicará a Gautier su obra clave “Las flores del mal”.

El mismo año de 1862 Gautier comienza a frecuentar la compañía de la princesa Matilde Bonaparte, siendo frecuentemente invitado a cenar a su casa o asistir a lecturas poéticas en el salón de alguna de sus mansiones o castillos. La prima del emperador era artista aficionada, diestra con las acuarelas, y Gautier en su papel de crítico de arte ensalza el valor de estas obras y las adorna con sus propias poesías, dándole publicidad al igual que escribe en los periódicos y revistas sobre la música de Berlioz, Gounod o Wagner o sobre la pintura de Eugène Delacroix, Édouard Manet, Théodore Chassériau o los grabados de Gustave Doré.

En 1867 muere el dramaturgo François Ponsard, que había sido bibliotecario del Senado y se ocupa-

ba en ese momento de la biblioteca de la princesa Matilde en su castillo de Saint-Gratien. Gautier escribe en julio de ese año a un amigo común que cree que la princesa está pensando en él para sustituir a Ponsard en el cargo de bibliotecario, y en agosto la princesa invita a Gautier a pasar una quincena en su compañía, en el mismo castillo de Saint-Gratien, pero no se produce el deseado encargo. En noviembre y diciembre de 1867 varias veces llama Matilde a Gautier a pasar una o más jornadas en su compañía, le consulta distintos aspectos artísticos y de alguna manera se inmiscuye además en la vida privada de nuestro autor, autorizando o denegando su permiso para que las hijas de Gautier contraigan matrimonio. En 1868 Gautier es llamado por la princesa en enero, en marzo y en agosto para pasar semanas atendiendo las reuniones de su salón literario de la Rue de Courcelles en París, salón que retrataría el artista Sébastien-Charles Giraud, como el del castillo de Saint-Gratien. Cuando en octubre de 1868, finalmente, Théophile Gautier recibe una carta de la princesa Matilde en la que ésta le propone ser su bibliotecario personal éste exclama a su amigo Jules de Goncourt: “¡Pero cómo! ¿Es que esta señora tiene verdaderamente una biblioteca?”; y el 2 de noviembre acepta el cargo por un sueldo de seis mil francos anuales.

El autor de “La novela de la momia”, del que maliciosamente decían sus coetáneos que lo imaginaban como “un hombre con un diccionario en la mesilla de noche” se vio convertido, en su madurez personal y artística, en adorno de la corte de la princesa Matilde, en un criado personal, al aceptar este cargo de bibliotecario. Y ¿qué hizo este hombre sosegado, amante de la exactitud y de la nitidez de la expresión, en la biblioteca de la princesa? Théophile Gautier consiguió, tras su ironía inicial con Goncourt, acceder más allá de los salones de la princesa a las distintas salas de sus casas y castillos donde se encontraban sus colecciones de libros, los retratos de escritores clásicos y modernos, los mapas, los bustos de mármol y los instrumentos geográficos y



científicos que adornan hoy esta biblioteca.

Porque esta biblioteca –sépallo Jules de Goncourt– aún existe hoy. Los libros que hojeó el joven Marcel Proust en el aburrimiento insondable de las reuniones sociales, los que dedicó con su firma Gustave Flaubert a la princesa, los que sopesó Théophile Gautier y criticó Sainte-Beuve forman hoy parte de una colección alojada en el Palazzo Primoli de Roma, sede del Museo

Napoleónico. El conde José Napoleón Primoli, nieto de José Bonaparte rey de España, apasionado bibliófilo y precursor de la fotografía, fue educado en los salones de su tía la princesa Matilde y fue el acompañante de su bibliotecario entre 1868 y 1872. Gautier, maestro involuntario de tantos poetas románticos –entre ellos sus dos yernos– se convirtió en sus últimos años de vida en el bibliotecario y guía artístico del joven conocido como Giuseppe Primoli, el fundador de la rama italiana de los Bonaparte. Relator de la historia privada de su familia, reunió los archivos privados, las obras de arte, los objetos personales de sus ascendientes –desde el Emperador Napoleón– a partir de su herencia familiar y de lo que con los años pudo comprar en el mercado de antigüedades para documentar no tanto la epopeya napoleónica, sino más bien la historia privada de la familia Bonaparte.

Incunables, ricas ediciones de los siglos XVI, XVII y XVIII e innumerables libros del XIX, muchos de ellos primeras ediciones firmadas y dedicadas por los grandes autores del panteón de la literatura francesa constituyen la colección romana de este Museo Napoleónico, engrandecida entre 1875 y 1927 por el conde José Napoleón Primoli con sus propias compras y con las herencias recibidas, además de la de su tía la princesa Matilde, de los Bonaparte de Francia y de Italia y de ricas familias italianas como los Borghese y que el conde a su muerte legó a la ciudad de Roma para un museo hoy abierto al público.

¡Curiosa vida la de algunas bibliotecas, si pudiéramos conocerlas! ▴